

EL VISITADOR
La Geografía del Dolor

José Antonio Fortuny

La lluvia caía con intensidad esa desapacible tarde de primavera de 1772 y repiqueteaba sobre el techo de la berlina, que atravesaba Londres. Las voces y los sonidos de la urbe sonaban amortiguados bajo la capa de agua. Con los cristales empañados, el pasajero se volvió más invisible. Nadie quería verlo, y quienes lo deseaban permanecían maniatados en el olvido.

El coche negro había bajado por Bethnal Green, donde las familias de los jornaleros tejedores, atraídas por un afán de mejora económica, trabajaban apretujadas el algodón en los telares. Un carnicero de ojos amarillentos y con restos de sangre en las manos lo ubicó después por la zona de Whitechapel, estigma y territorio de las clases bajas, que concentraba las peores actividades de la ciudad. Con las calzaduras de hierro traqueteando sobre el empedrado y salpicando el agua que se acumulaba en las calles, el coche cruzó el río Támesis por el puente de Londres, famoso por la antigua tradición de exhibir en sus orillas las cabezas de los traidores cubiertas de alquitrán.

Cuando la berlina llegó a su destino, un temblor recorrió la piel del viejo caballo negro; su compañero de tiro, otro purasangre más joven, pateó el suelo y se sacudió la espuma del belfo.

Un hombre de mediana altura se apeó y se ajustó los guantes de cuero mientras echaba un vistazo al cielo gris que se precipitaba hacia el ocaso; después enfocó la vista en el edificio que tenía enfrente y, con paso firme y chapoteando en el barro, se encaminó hacia allí.

Detrás de él, Thomasson, su fiel sirviente y conductor de la berlina, lo siguió con la mirada hasta que cruzó la puerta de hierro de la prisión. Después se cubrió la cabeza con el capote y se quedó quieto, sentado en el pescante, impasible ante la lluvia que le resbalaba por la fornida espalda.

La prisión de Marshalsea estaba situada en la zona de Southwark, en el sur de Londres. Era un antiguo asentamiento romano donde la pobreza y la marginación habían barrido las corazas y los penachos dorados de los centuriones.

Un carcelero acompañó al visitante, sin hacerle demasiadas preguntas y con aire ausente, a través de un laberinto de pasillos. El manojito de llaves que llevaba atado a la cintura tintineaba entre las paredes húmedas pero impermeables a cualquier tipo de lamento. Lo dejó en una estancia de techo alto y una mesa de roble en el centro. Un cargante olor a rancio llenaba la sala. En un extremo de la mesa, en penumbra, sentado

en una silla de largo respaldo tapizada de rojo, un hombre rumiaba entre bocados y tragos de vino. Un candelabro en la mesa proyectaba la sombra de su complexión rolliza sobre el ventanal en arco que se alzaba a su espalda.

A sus pies, un galgo atigrado y esquelético apenas levantó los ojos ante el visitante. Resignado a que su amo no le arrojara ni un pedazo de carne, mucho menos debía de creer en la benevolencia de un desconocido.

—Me llamo John Howard —se presentó el recién llegado—. Soy el *sheriff* de Bedford.

Se plantó a unos metros de la mesa y se quitó el tricornio de fieltro. Llevaba una peluca de pelo natural, bien cuidada, al estilo Cadogan, con una escueta coleta a la altura de la nuca. Los ojos, grandes y animados, acompañaban a una nariz generosa.

—Nadie me ha avisado de su visita —murmuró el otro.

El *sheriff* se percató de que en el lado derecho de la sala había una chimenea encendida, cuyas llamas, altas y crepitantes, eran las responsables del fuerte calor que hacía en la estancia.

El alcaide lo escrutó con ojitos incisivos. Se jactaba de adivinar las intenciones y los pensamientos de la gente apenas verla. Solía practicar ese juego apostado en el ventanal, mientras observaba cómo los presos que acababan de ingresar se apiñaban como corderos en el patio. Según deducía por los rostros lívidos, la mayoría de ellos no quería estar allí. Solía acertar en sus interpretaciones.

—Siéntese —lo invitó, señalando con la cabeza una silla vacía. El hombre que contemplaba portaba un atuendo noble, con una estilosa guirindola que le rodeaba el cuello, aunque por su casaca color pimienta y los zapatos desgastados infirió que, o bien su posición pecuniaria iba a menos, o bien no prestaba gran atención a su vestimenta—. Pediré que le traigan algo de comer. ¿Está usted de paso?

—No he venido a comer. Me gustaría ver a los presos.

El responsable de la prisión, que había vuelto a trinchar un trozo de cordero sazonado con nuez moscada y mantequilla dulce, depositó con parsimonia los cubiertos en el plato. Frunció los labios carnosos.

—Si me dice el nombre del preso al que quiere ver, mandaré que se lo traigan —dijo, mientras se pinchaba con la uña del dedo meñique un grano de la mejilla.

—No deseo ver a uno en concreto. Quiero verlos a todos. Visitar la cárcel.

El alcaide reclinó la espalda y entrelazó los dedos sobre el abultado vientre. Cruzó un pie por encima del otro.

—¿Ocurre algo? En todos los años que llevo aquí es la primera vez que recibo la visita del *sheriff* del condado. Siempre han preferido delegar en otros esta parte del trabajo menos agradable.

—Nada en especial, solo cumplo con mis obligaciones —contestó Howard, que no se había movido de su sitio—. Aquellos jueces de paz o *sheriffs* que consideran que visitar un presidio hiere su orgullo son cómplices de los abusos que se puedan cometer en él —proclamó.

El anfitrión se pasó la lengua por las encías y guardó silencio. Aquel individuo de tez lechosa hablaba en serio. La impresión que tenía de él subió al escalafón de gran tontaina. Aceptar ese cargo casi honorífico estaba muy bien para alardear en la misa de los domingos o entre amigos, siempre que no se pretendiera ir más allá. Sintió algo parecido a la lástima por ese hombre, que además tenía una edad ya respetable y que, probablemente, solo había conocido el mundo a través de las adulaciones de la criada que le lavaba los pies.

—Es tarde. Llueve. Y mucho.

—Cierto, pero si en Inglaterra la climatología impusiera sus condiciones, nunca haríamos nada —repuso Howard.

Quizá alguien más expeditivo hubiera podido evitarle un mal trago a ese pardillo, pero el alcaide no estaba dispuesto a dejar que la cena se enfriara. Dejaría que lo que viera con sus propios ojos rasgase su pueril velo. Se quitó la servilleta, se levantó y cruzó la habitación con pasos cortos pero raudos. Vestía una casaca de paño color lila con bordes dorados y un calzón negro. Asomó la cabeza por la puerta y llamó a voz en grito a uno de sus hombres. Su voz retumbó entre los cimientos que unos años atrás habían absorbido los alaridos de trescientos presos que habían muerto de inanición en solo unos meses.

Al poco compareció Benjamin, un joven con el pelo desgredado, camisa y calzones grises sujetos por un grueso cinturón. Su superior los acompañó. Primero hasta un habitáculo donde el carcelero cogió un látigo hecho con pene de toro, muy útil para meter en cintura a los presos que dieran problemas; luego, por inercia, salió con ellos al exterior, pero, cuando se dio cuenta de que la lluvia le mojaba la ropa, retrocedió hasta quedarse bajo el dintel. Apoyó un hombro sobre la jamba de la puerta. «¿Por qué unas veces las gotas de lluvia son más gruesas que otras? ¿Qué misterio de la naturaleza es el responsable de este fenómeno?», se preguntó mientras contemplaba cómo los dos hombres se adentraban en el patio. «Vida extraña, esta».

El sol se iba extinguendo, espesando el cielo con nimbos cobrizos. Una racha de viento lanzó oblicuamente la lluvia contra el rostro del *sheriff* y el joven y manoseó los hierbajos diseminados por el suelo. En algún lugar batía un objeto metálico que esa noche desataría maldiciones entre los presos insomnes con la vista fija en el techo.

A esas horas en el patio solo había un pequeño grupo cerca del muro que separaba la zona de los deudores del área de los reclusos comunes.

—Esos presos. —Howard se detuvo y los señaló con el mentón—. Llevan cadenas. —La postura encorvada y ladeada de uno de ellos lo había delatado, a pesar de la semioscuridad.

—Así es —respondió Benjamin con una leve inclinación de cabeza. Su cara estaba colonizada por el acné y tenía unas cejas raquílicas que un tic nervioso contraía—. Ese muro está en mal estado, como puede ver. —Lo demarcó con el dedo índice—. Como el alcaide dice que no tiene dinero para arreglarlo y a nosotros nos supondría demasiado trabajo, a mi compañero Thomas el Largo se le ocurrió poner hierros y grilletes a los presos que quieran salir al patio. Así no hay peligro de que crucen al otro lado. Genial, ¿eh? —Pensó que, si se mostraba servicial con el visitador, este podría darle alguna propina.

El *sheriff* de Bedford se acercó al muro, que estaba muy deteriorado y había quedado a baja altura. Empujó con el pie derecho uno de los cascotes que se habían caído y se acumulaban en el suelo. Recordó la discusión con George Blackstone, un diputado conservador que añoraba volver al sistema de condenas a las galeras o a los destierros a las colonias americanas, habituales hasta hacía pocos años.

«Así nos quitamos el problema», manifestó en su día. Cuánto deseó que aquel político desfasado estuviera allí para comprobar si su corazón se ablandaba. «¿No tiene suficiente? ¡Ya están encerrados en prisiones!», se enojó el diputado ante la insatisfacción del noble. «Muchas cárceles son recintos improvisados, como depósitos de agua o las torres de las ciudades... Edificios que no están preparados para que se pueda cumplir en ellos una larga condena. Además, la población ha crecido por la migración urbana y los reclusos no caben», argumentó el de Bedford. El político se echó a reír.

El visitador miró al trío de presos, que aguardaban temerosos. Era consciente de que, a pesar de todo, el mayor obstáculo para que se produjeran mejoras en las prisiones no era la mentalidad, sino el lucro económico. No había ningún motivo para acometer esas reformas mientras se ganase dinero. Y es que la mayoría de las cárceles en Inglaterra eran privadas. Sin ir más lejos, la familia de ese diputado era propietaria de una. Si un

alcaide fallecía, su mujer o un familiar podían heredar el puesto. Era un negocio que pasaba de padres a hijos.

El *sheriff* de Bedford dio unos pasos y examinó a uno de los confinados. Era un hombre escuálido de ojos grises. Tenía la garganta constreñida por un aro de hierro del que salía una cadena que pasaba por una barra de hierro que le inmovilizaba las muñecas y acababa en una pesada bola oxidada. La espalda estaba tan torcida que el brazo izquierdo le colgaba a escasos centímetros del suelo. Su cuerpo clamaba que el dolor no era temporal. Al parecer, por comodidad o por castigo, alguien había decidido dejarle fijos los hierros. No era la primera vez que el visitador veía algo así, serias deformidades causadas por el abuso y la saña. Cuando reanudó el trayecto hacia los nueve barracones, el preso se quedó allí, contorsionado como un espantapájaros en medio de un páramo de incompreensión.

Howard no dijo nada más y caminó mirando hacia el suelo con expresión ceñuda. Su acompañante, que temía haber dicho alguna inconveniencia, se sorprendió cuando este, de súbito, se detuvo y se dirigió a él:

—Veo que necesitas un atuendo nuevo. —Apuntó hacia la camisola descosida, por la que asomaban los codos—. ¿Acaso no te pagan bien?

—Oh, últimamente cuesta bastante cobrar —se lamentó el chico.

Se apartó el cabello mojado de la cara y se acarició el mentón, imitando a su interlocutor.

—Puedes contarme aquellas quejas que tengas. Intentaré encargarme de ello —le dijo Howard en voz baja.

Benjamin esbozó una escurridiza sonrisa que dejó entrever varios dientes negros. No se acababa de fiar.

—Dime cómo lo hacéis, cómo conseguís cobrar —insistió el *sheriff*.

El chico miró hacia un lado y otro e hizo una seña para que lo acompañara hasta la pared de uno de los barracones.

—Antes utilizábamos esto. —Quitó un pequeño trozo de ladrillo que dejó al descubierto un agujero en la pared—. Por aquí podemos ver lo que hacen y cuál de ellos tiene dinero, pero se debieron de enterar y ahora nos cuesta más. Entonces a Burke, un tipo que me cae bien, se le ocurrió darle a una de estas alimañas más comida a cambio de que nos informe sobre cuál de los presos nuevos tiene *monis*. ¿Qué le parece?

—Interesante —lo alentó.

—Dicen —prosiguió el joven, más confiado— que hay carceleros que cuando descubren a algún ricachón se lo llevan a casa y no lo sueltan hasta que afloja la bolsa. ¿Es así?

—Las casas esponja —asintió el visitador.

—Si funciona, ¿no se lo podríamos comentar al alcaide? ¿No podríamos probar también nosotros? —Sus cejas se levantaron como un puente levadizo.

Howard, que había echado un vistazo al interior del barracón a través del agujero, parecía no haber escuchado su comentario.

—Voy a entrar.

Benjamin se sobresaltó.

—Espere. No lo haga. No puede entrar solo, corre un gran peligro. Hay que buscar refuerzos.

—No hará falta. Espérame aquí.

—Pero, señor...

Y sin hacer caso a las recomendaciones del carcelero, Howard abrió la puerta del barracón. Lo invadió una fuerte pestilencia que lo obligó a sacar un pañuelo del bolsillo de la casaca y taparse la nariz. Apoyado en la puerta, dobló el cuerpo y tosió repetidas veces tratando de adaptarse al pútrido olor. Después entró en el recinto, mal iluminado con algunas velas depositadas en el suelo. Se dirigió hacia la pared, se quitó un guante y taponó con él el hueco. Entrevió cuerpos de hombres y mujeres de todas las edades, hacinados, que se levantaban y lo acorralaban.

—Podéis hacerme daño, pero os resultaré de más utilidad si no lo hacéis —les dijo flemático.

Cesaron las rozaduras de los cuerpos en movimiento. Howard sacó de un bolsillo de la casaca una lámina de grafito con una envoltura de madera y un cuaderno de color crema. Aquel gesto inesperado dejó más perplejos a los congregados que si hubiera sacado un arma; a fin de cuentas, estaban más habituados a ver un cuchillo que esos útiles para escribir.

—¿Alguno de vosotros tiene dificultades para pagar a los carceleros?

Los presos entrecruzaron miradas. Seguidamente, se adelantó un hombre con la nariz aplastada y el torso desnudo poblado de pelo.

—Aquí todos tenemos problemas para pagar. —Soltó una risotada—. Quien puede pagar a los carceleros no puede pagar la comida, y quien puede pagar la comida no tiene para la cama.

Howard buscó con la mirada las camas, pero no logró verlas; la gente que lo rodeaba obstruía su campo de visión.

—Tres céntimos diarios —le informó un hombre que se le había acercado por un costado. El visitador giró la cabeza hacia él—. Es lo que pago yo por un montón de paja en el suelo donde echarme a dormir —afirmó, indicándole un rincón a su izquierda. Era un hombre escuchimizado, pero que conservaba, en su peluca bien cuidada y su manera de hablar, un porte señorial.

El *sheriff* de Bedford abrió la libreta y tomó nota. Había adquirido suficiente pericia para escribir en las condiciones lumínicas más desfavorables.

—¿Y cuántas veces al día os dan de comer?

—Los días que tenemos suerte, dos.

Se disponía a echar un vistazo a la zona donde dormían cuando apareció un niño entre las piernas de su interlocutor. Tenía el pelo bruno, ensortijado y, a pesar de que su padre lo apartó de un manotazo, el crío no se dio por vencido y llegó hasta los pies de Howard. Tiró de sus calzones.

—¿Me da una hoja? —pidió, tendiéndole una manita negruzca.

El interpelado bajó la vista.

—¿Me da una hoja? —repitió el chico. De su cara churretosa sobresalían unos ojos avispados.

—¿Y tú, has venido de visita? —le preguntó el visitador sin inclinarse.

El niño arrugó el rostro y meneó la cabeza.

—No, vivo aquí. ¿Dónde iba a vivir si no?

Howard cabeceó. Conocía bien todo ese tejemaneje. Si se enviaba a prisión a un padre, era habitual que toda la familia se fuera a vivir con él, ya que no tenían manera de subsistir sin el progenitor. A algunos de aquellos niños los dejaban salir por las mañanas a trabajar a alguna fábrica cercana para ganarse unos peniques con los que sufragar su manutención en prisión. El *sheriff* calculó que allí dos personas acompañaban, por término medio, a un recluso. Datos posteriores corroborarían que, por esas fechas, había en Inglaterra y el país de Gales 4.084 prisioneros acompañados de 8.168 personas entre mujeres e hijos. Es decir, 12.252 individuos viviendo en la miseria.

—Y, ahora, ¿me da una hoja?

Apenas unos años más tarde, en esa misma prisión, exactamente en ese mismo recinto hediondo y sórdido, viviría otro niño junto a su familia. Un chiquillo que también sentiría fascinación por el dibujo y la escritura y que suspiraría por un trozo de papel en el que hacer garabatos. Un niño que, a falta de papel, memorizaría con detalle todo lo que ocurriera allí dentro, que observaría con atención los rigores de la prisión para después plasmar con brillantez en sus libros la cruda realidad de su época.

Ese niño sería conocido como Charles Dickens.

